

transportar a Elvira volvían con la camilla vacía.

—¿En qué sala la pusieron? preguntó Flon a uno de ellos.

—No la querían recibir. . . . Se despertó y gritaba mucho. Siempre la dejamos. . . . Creo que la echaron a "Observación."

—A observarla iré yo. . . . Adios Carriles!

—Hasta luego, Floncito. Pero ¿no llevas paraguas?

—Paraguas! Eso se queda para tí, Creso!

Y Flon se alejó levantándose el cuello del levitín.

Dueño del catre, Carriles se echó a dormir soñando en un matrimonio rico, al rumor de la lluvia y de las ratas. A lo lejos, allá en el cuarto de detenidas, un canto sonó:

Aaay! En la inmensa llanura del mar. . . .



VI.

LA RACIÓN DE MUERTOS.

Al día siguiente, cerca de las once, el Dr. Sergio llegó a practicar su visita diurna. Era el rato de los niños muertos. Uno yacía desnudo, en la tabla amarilla, cerca de la placenta en descomposición. Su vientre enorme y tenso, hacía contraste con la flacura de las piernas, con el tórax esquelético en que de lejos se podían contar las costillas; todo rematado por una cara de quijada picuda que le igualaba a un viejecito atrofiado.

—“Póngale Ud. enteritis tuberculosa,” dijo Sergio a Carriles dictándole el certificado de defunción tras un corto interrogatorio a la madre.

Otros cuatro muertecitos escondidos bajo los

rebozos maternales fueron tendiéndose en la tabla según se turnaban para el diagnóstico.

—¿De qué murió su niño? preguntó a la madre de uno cuya piel desaparecía bajo un carapacho de inmundicia.

—Se mojó las manitas y la cara, y *a luego* le vinieron deposiciones con sangre. . . . Le dí el ítamo, la yerba buena, el hipazote. . . .

—Si le hubiera mojado todo el cuerpo con agua enjabonada desde sus primeros días, no estaría tan sucio por fuera; ni para vivir necesitaba tantas porquerías por dentro.

La madre comprendió como si oyese griego.

—“Escriba Ud. enteritis crónica, Sr. Carriles”. . . .

Siguió otro, amarillo de piel, de uñas, de ojos.

—¿Y Ud. señora? ¿Qué le daba a su criatura? ¿Leche del seno?

—No, señor; se me secó. . . . Calditos, sopitas. . . . El otro día le dí frijolitos. . . . Se me *tiñó*. . . .

—¿Y chilito?

—Apenitas.

—¿Y pulquito?

—*Ansinita*.

—“Carriles, póngale Ud. gastro-enteritis. . . . *ab ingestis*. Hay que inventar algo nuevo para romper la monotonía.”

Y como los otros dos mereciesen también el diagnóstico “enteritis” sugirió el ingenioso Carriles la conveniencia de expedir certificados colectivos é igualitarios, por series.

—“A las madres quisiera yo igualar, repuso Sergio por lo bajo, con el diagnóstico de “animalitis crónica.”

Distribuidos entre ellas los certificados, llegó su turno a los adultos, a los que en la 5ª Demarcación dejaron de vivir en las últimas 24 horas de modo misterioso o sin poder pagarse el lujo de un certificado médico.

—“¿Cuántos *grandes* tenemos?” preguntó Sergio repantigándose en la desvencijada butaca como si quisiera tomar aliento para la fúnebre tarea, la más peligrosa y desagradable de su empleo.

—“Hasta este momento, no hay “interesados” mas que por un *hepático* que murió en el barrio de los Angeles.”

Sergio bosquejó un suspiro de consuelo arrancado por la esperanza de tener contra costumbre un solo “muerto grande.” Preguntó:

—¿Por qué no están presentes esos “interesados?”

—Estaban esperando en la pulquería de la

esquina, respondió Carriles saliendo en busca de ellos para el interrogatorio.

Eran dos: hombre y mujer.

—Con uno basta, ordenó Sergio; que pase el hombre.

Dando traspies avanzó un pelado, haciendo girar su sombrero chilapeño.

—¿Qué eres tú del muerto Pioquinto Vargas?

—¿Que qué soy! Soy su suegro. . . . quiero decir su yerno. El fué mi suegro. . . . y prorrumpió en risotada.

—Que pase la mujer; quizá esté menos ebria.

Avanzó una degenerada Malinche mordiendo la orilla del rebozo.

—¿Qué era tuyo Pioquinto Vargas?

—¿Que qué? Pos era mi padre.

—¿Qué edad?

—¿Que qué?

—¿Que cuántos años tenía?

—¿Que cuántos años?—Pos quien sabe! no sé contar.

—¿Poco más o menos?

—Tendría treinta. . . .

—¿Cómo treinta? Era tu padre y tú debes tenerlos.

—Entonces tendría cincuenta.

Sergio creyó oportuno levantar la sesión observando:

—Esto se llama en Medicina “el arte de los conmemorativos”. . . . Tanto valiera obtenerlos de un poste. . . . Sin embargo hay que ir allá, al diagnóstico del muerto.—Y añadió con cruel sonrisa: “Señor Carriles, si me vienen á buscar dirá Ud. que salí a practicar la veterinaria *post mortem*.”

Habituado a las amargas ironías del jefe, Carriles sólo pensó en detenerlo.

—Dispéñeme. . . . Tenemos allí al que murió anoche en la Sección.

—¿Cómo? ¿Por qué no me mandó Ud. llamar?

—Murió a media noche; un ebrio en coma.

No le hace, replicó el galeno, mezcla extraña de rigidez oficial y filosofía despectiva; debía llamárseme, ¿y el acta?

Carriles buscó en la carpeta y sacó una hoja. Sin fijarse en que la letra no era de Carriles sino de Flon, Sergio leyó:

“El Médico Cirujano que suscribe, adscrito a la 5ª Inspección de Policía certifica: que hoy, como a las once de la noche fué presentado en esta oficina, en una camilla, un individuo desconocido, en estado comatoso de alcoholismo agudo. Al estarle suministrando los auxilios que la ciencia en estos casos aconseja, falleció.—Era un indivi-

duo como de 40 años de edad, complexión robusta, de 1 metro 77 centímetros de talla, color blanco, pelo, cejas, bigote y barba castaño claro, ojos claros, frente regular, boca y nariz grandes. Viste camisa de lino, camiseta de punto, calzoncillos, calcetines de color blanco, zapatos negros de cuero, *jaquet*, chaleco y pantalón negros de cheviot, corbata negra. El que suscribe, cree que la causa de la muerte fué la congestión cerebral de origen alcohólico. — México, Julio 8 de 1897.

Esta acta, especie de cliché obituario para las defunciones en la Sección, reproducía con leves variantes el texto de tantas otras relativas a la muerte alcohólica, la más frecuente en las comisarías.

Mientras Sergio la leía, entró silenciosamente el supernumerario Pedro Flon. Su semblante maltratado por la refriega de la noche, expresaba con el fruncido entrecejo una preocupación misteriosa. Carriles, desconfiando de que viniera a explicarse sobre su guardia prolongada, le llamó aparte:

—Mira, hermano, no le digas nada al jefe; ya te pagaré.

—Si no vengo a eso; vengo a otra cosa, respondió de prisa Flon, atento al jefe que le tendió la mano familiarmente:

—¿Qué le trae por aquí, amigo?

—Quiero decirle algo reservado, señor Sergio.

—Bueno! Ya hablaremos; solo voy a ver a ese “cadaver de acta;” y que los “interesados” de los Angeles aguarden afuera.

Aprovechando la espera, el par de dolientes volvió a la pulquería vecina; en tanto que Sergio mandaba traer al muerto de la noche.

Su conducta profesional era sencilla: se reducía a reconocer si había en el cuerpo lesión exterior, y en ausencia de ésta, confirmar el diagnóstico del practicante.

El cadaver estaba en paños menores; despojado de ellos, apareció el vientre inflado, de un blanco pajizo como el sebo; los flancos lívidos, con los manchones sanguíneos del decúbito. La cara abotagada, en que despuntaban pelos vermejos, parecía la de un hombre que estuviese pitando vigorosamente. En las regiones pálidas, en forma de bandas y estrías amoratadas, se acusaban las huellas de los azotes.

—“Ya les he dicho que la flagelación no me gusta. Apenas, con la toalla mojada; pero han pegado como quien varea lana. Es recurso viejo. Ahora tenemos otros superiores. Además, una flagelación tan vigorosa puede crear complicaciones dejando suponer traumas de otro género”....

Tras esta digresión por los campos de la azotina, Sergio completó su examen escudriñando. . . . Su nariz ejercitada reconoció el olor de acetona, sus miradas de miope se pasearon inquisitivas de la cabeza a los pies.

Dispuso que lo sacaran; sentándose de nuevo frente a la mesa, firmó el acta; y dirigiéndose a Flon:

—Conque sí, mi amigo, ¿qué pasa?

—En tono de sigilo habló el practicante:

—Anoche, al fin de mi guardia, se presentó una histérica: Elvira Resendis. Tuvo varios accesos. Permaneció en la Sección hasta que trajeron al ebrio que murió. . . . Parece que habían mediado no sé que clase de relaciones entre él y ella. . . . El caso es que la llevaron al hospital Juárez y hoy la he visto. La pasaron de "Observación" a la sala de Santa Catarina. No tiene más que contusiones de primer grado. Se las hizo al caer. . . . No quiere decir el nombre del muerto; pero indica que tenía uno o varios enemigos interesados en perderlo. . . .

—¿Y qué más?

—Nada más. Como se acercaron el practicante y la mayora de la sala, no quiso Elvira proseguir, y me retiré.

—Es eso muy poco para que nos metamos en

honduras. . . . Porque una histérica dice que este hombre tenía enemigos vamos á deducir ¿qué? . . . fantasías! Amigo Flon, la educación médica debe hacer con nuestros cerebros imaginativos algo semejante á lo que hacen las buenas madres con los niños asustadizos: curarlos de espantos. . . . Yo, cuando me decidí por la medicina, me eché la imaginación al bolsillo; luego la he botado como un marracho.

—Y sin embargo, la imaginación ha abierto el camino. . . .

—Para grandes inventos. . . . Ciertó! En particular á los de raza latina. . . . Pero vamos al caso! Allí tenemos un muerto desconocido. Nuestros sentidos clínicos nos dicen que murió de ebriedad; nuestro examen superficial nos lo confirma. . . . Que tuvo enemigos. . . . Sea! ¿Vamos por eso á reformar nuestro diagnóstico? . . . Todos tenemos enemigos. . . . En México el peor de ellos es aquel que dice de nosotros que "le chocamos". Ah! Ese es capaz de empujarnos al hoyo si nos ve tambaleando. No le hemos hecho ningún mal; apenas le hemos visto y hablado; pero su nervosismo se irrita de que pasemos por su campo visual. ¡Le chocamos!

—En fin, concluyó Sergio, dando unos pasos con las manos en los bolsillos del pantalón, lo

cual significaba en él “tomar un partido”; yo no doy el certificado de defunción. Sin él no pueden enterrarlo. Levanto acta, y que se la arreglen los autosistas! Por de pronto voy á ver al comisario.

Otro grupo de hombres y mujeres desperjeñados, trascendiendo á distancia el pulque, se precipitó en la Sección pidiendo reconocimiento de muerto grande.

—Allá voy luego! exclamó Sergio hendiendo el montón para dirigirse al despacho particular del inspector de la 5ª

—“Hace dos días está tendido, gritó un doliente; ya hiede el pobrecito; murió de tifo!”

Todavía le zumbaban en los oídos estas fúnebres apelaciones cuando se detuvo ante la puerta entrecerrada del despacho, notando que el inspector hablaba con otra persona, de tal manera que sentados ambos interlocutores quedaban cubiertos por el registro de un gran escritorio. Así, sin procurarlo, tuvo que sorprender en la conversación este cabo suelto:

—“Ya le dije á Ud que vestía de negro, todo negro. Su rosario, su cara rasurada, son de cura de pueblo.”

—“Pero, ¿para qué poner eso en el parte? re-

plicó el otro. Ríndalo Ud. como si se tratase de cualquier desconocido.”

Sergio dió unos pasos para hacerse ver, y reconoció entonces en el segundo personaje nada menos que al Inspector General de policía, Don Eduardo Velázquez.

—Ola! doctor, dijo éste último reconociéndole á su vez.

Levantándose para saludar al médico, Don Eduardo se ostentó imponente. Su alta estatura, su negra barba tallada en cono, la energía nerviosa de su ademán le improvisaban la donosa apostura que dan largos años de servicio en los empleos gordos. Con ojos inquietos clavó en el galeno miradas inquisitivas.

—A propósito del ebrio desconocido, dijo Sergio al Inspector del cuartel, venía á saber si mi acta médica está de acuerdo con el acta de policía.

—Estamos de acuerdo, respondió el viejo comisario.

Abriendo un librote mostró éste al médico el acta respectiva. Intervino el Inspector General:

—Dígame, doctor, ¿quién es el practicante que estaba de guardia anoche?

—Julio Carriles, supernumerario, respondió

Sergio... Por una irregularidad tenemos ahora dos supernumerarios en la Sección. El mejor y más antiguo es Pedro Flon...

—El otro es el que me interesa, interumpió Velázquez. Le tocaron el ebrio y la histérica...

Sacando al mismo tiempo, una cartera de apuntes, escribió:

“Julio Carriles, practicante supernumerario de la 5ª”

—¿Quiere Ud. que veamos el cadáver? preguntó el comisario al Inspector General.

—No, ¿para qué? respondió éste indeciso. Se estiró el bigote y repuso:

—Sí; siempre lo veré.— Y se movió hacia el patio seguido del comisario.

Sergio permaneció en el despacho, leyendo el acta de policía.

“El día 8 de Julio, á las 11 p. m. se presentó el gendarme no. 1133, Prisciliano Sánchez, pidiendo una camilla para conducir á un ebrio tirado, próximo á congestionarse. Se mandó violentamente la camilla en la cual fué traído. No obstante habérsele prestado los auxilios médicos flagelándolo debidamente (!) murió un cuarto de hora después en la Sección Médica. El gendarme dijo que estando parado en la esquina de Soto y Portillo de San Diego, notó que en esta calle estaba un hombre agarrado de un poste de la luz y tambaleándose; y al acercarse al ebrio, cayó (¿quién? ¿el gendarme? —no; el ebrio, y con

él la Sintaxis); que en el momento llegó el oficial Merced García, y en presencia de él registró al ebrio y le encontraron dos periódicos, unos gemelos, tres pesos, lentes, reloj Waltham no. 35143, un pañuelo con iniciales M. T., cartera, caja de cerillos, otra de cigarros Pedro Murias, sombrero de paja, paraguas negro. Al día siguiente se puso á la espectación pública el cadáver....”

Aquí iba Sergio de su lectura cuando por la ventana que daba al patio, vió á Velázquez que se alejaba hacia el portón en compañía del comisario, después de ver el cadáver. Contra su costumbre, marchaba el Inspector lentamente. Una mano al bigote se lo retorció, obedeciendo á su *tic* favorito en la preocupación.

—“Señor! Ahí están otros “interesados” de dos cadáveres más”.

A este aviso de Flon respondió Sergio desconsolado:

—“Y van cuatro! Total cinco niños y cuatro adultos, ya andamos cerca de la ración ordinaria”.

Echando un vistazo al fin del acta que no contenía más detalles notables, se echó á la calle con su pelotón de pelados engrosado luego por los que esperaban en la pulquería. En el camino le alcanzó Flon.

El estudiante le profesaba un afecto especial

que le impulsaba á unírsele en la ingrata tarea de buscar muertos tendidos en pocilgas. Lo cual no excluía ciertas discrepancias en sus modos de considerar los hechos y juzgar á los hombres. Siempre que, á fuerza de trato, se establece la familiaridad entre un superior jerárquico y su subordinado, resulta el antagonismo de Sancho y Don Quijote, ó de Don Juan y Esganarelo.

Veía Sergio con ojos de ganadero aquellos cadáveres de miserables que le arrojaba la terrible mortalidad de México (un promedio anual de cuarenta por mil habitantes).

Si, en una hacienda, el grueso del ganado se nutre de malos pastos sobre los cuales dormita respirando miasmas, no se necesita ser un lince para atribuir la enorme proporción mortuoria á sus causas patentes. Era la idea simplicísima de Sergio. Pero al joven Flon no le satisfacía. En contacto, á cada una de sus guardias, con heridos é intoxicados, husmeaba un crimen en cada muerto.

Sergio se detenía a la puerta de los tabucos, hacía desnudar los cadáveres tendidos en el suelo ó en un camastrón, y reconocía de lejos, con su ojo ejercitado, al muerto de cirrosis, de baci-

losis, de tifo. Flon se acercaba intrépido, levantaba los parches en busca de heridas.

—“Las hay mortales y chiquitinas, Ud. sabe, señor Sergio, hasta de dos milímetros de diámetro, hechas con agujas de zapatero”, dijo el practicante escudriñando la piel de un cirrótico panzudo.

—“De haber metido una en ese vientre, replicó Sergio, le hubieran acaso vaciado sus dos litros de ascitis”.

El cadáver estaba en el centro del cuarto; cerca de él, pegados al muro, dos cuerpos se delineaban bajo una misma frazada, hombre y mujer aletargados. A su lado una botella y un jarro vacíos denunciaban el sueño alcohólico de aquella pareja de *velorio*. A la cabecera del muerto, un vaso con *refino* de ágave representaba supersticiones primitivas. Era *la ofrenda* destinada á ofrecer un último trago al *ánima* (1).

Por los andurriales, por las callejas fangosas, esmaltadas á trechos de plastas excrementicias, á lo largo de las sombrías accesorias, iban el

(1) Reina en las clases bajas del pueblo la singular creencia de que el alma de un muerto (*el ánima*) baja á beber. La porción de aguardiente que le dedican al efecto, se llama *la ofrenda*. Como el nivel baja en el vaso á medida de la evaporación, atribúyese el fenómeno á libaciones misteriosas del *ánima*.

médico y el practicante con su cortejo de dolientes beodos. Flameaba el sol cerca del meridiano. Sergio marchaba delante de Flon pegándose á la tenue faja de sombra del lado oriente. Pero pronto tuvieron que atravesar la plaza de los Angeles, al reclamo de una pareja de ebrios tibeantes que pedía reconocimiento para un tifoso en la calle de Manuel González.

Entonces, bajo el sol candente, á través del inmenso fangal, en busca de un cuerpo pestífero, Sergio y Flon sintieron la profunda tristeza del oficio.

—Más convendría fregar el suelo ó picar una yunta de bueyes, amigo Flon!

—Pero Ud., señor Sergio, tiene ochenta pesos al mes, observó Flon en un arranque á la Sancho Panza. . . . Mientras yo, que me desvelo y todo por veinticinco. . . .”

—Ojalá que el Inspector General se decida por nombrarle á Ud. practicante de número. . . Así mejorará su sueldo. . . . Lo he recomendado á Ud. con él, de preferencia á Carriles. . . Sólo que manifestó deseos de hablar con el que hubiera auxiliado á la histérica y al ebrio comatoso.

Poco faltó para que Flon declarase su intervención exclusiva en la dramática guardia de

la última noche. Pero ave rara, su alma cándida se replegó en un silencio amistoso, con más consideraciones al pícaro de Carriles que á la verdad de los hechos!

La insistencia de Velázquez en informarse sobre el muerto y la histérica avivó la curiosidad del médico y del practicante. Convinieron en ir al día siguiente al hospital de San Pablo para ver á la enferma en cama y al muerto en la plancha.

Llegaban al término de su excursión mortuoria con los pies hundidos en el terregal de una calleja, al extremo noreste de la plazuela. Se detuvieron á la puerta de un cuartito en que yacía el tifoso entre cuatro velas. En un rincón, otros dos atacados agonizantes estertoraban de tal suerte que Sergio miró en ellos dos platos en preparación para su ración mortícola del día siguiente.